

CHARLES DICKENS

NUESTRO AMIGO COMÚN

TRADUCCIÓN DE DAMIÁN ALOU



Un joven se encamina a Londres para aceptar una herencia paterna que, según estipula el testamento, tan solo podrá disfrutar si se casa con Bella Wilfer, una hermosa muchacha a la que nunca ha conocido. Poco antes, sin embargo, aparece flotando en el Támesis un cadáver que la policía identifica con el joven heredero. Es el principio de una onda que afectará a toda la sociedad londinense.

En *Nuestro amigo común*, Dickens demostró todo el vigor de su prosa y de su imaginación en un deslumbrante ejercicio de virtuosismo literario.

«Los comienzos de las novelas de Dickens suelen ser memorables, pero ninguno supera el primer capítulo de *Nuestro amigo común*, penúltima novela que escribió y última que terminó. Llevados por la barca del pescador de cadáveres, nos parece entrar en el reverso del mundo». (ITALO CALVINO).

Libro primero

Entre la copa y el labio

Capítulo I

Ojo avizor

En esta época nuestra, aunque no sea necesario precisar el año exacto, un bote de aspecto sucio y poco honorable, con dos figuras en él, flotaba sobre el Támesis, entre el Southwark Bridge, que es de hierro, y el London Bridge, que es de piedra, cuando una tarde de otoño tocaba a su fin.

Las figuras que se veían en el bote eran la de un hombre recio, de pelo desgredado y entrecano y la cara bronceada por el sol, y la de una muchacha morena de diecinueve o veinte años, que se le parecía lo bastante como para poder identificarla como su hija. La chica remaba, manejando un par de espadillas con suma facilidad; el hombre, con las cuerdas del timón inertes en sus manos, y las manos abandonadas en la pretina, estaba ojo avizor. No llevaba red, ni anzuelo, ni sedal, y no podía ser un pescador; su bote no tenía cojín para pasajero, ni pintura, ni inscripción, ni más accesorio que un oxidado bichero y un rollo de cuerda, y él no podía ser un marinero; su bote era demasiado frágil y demasiado pequeño para dedicarse a labores de reparto, y no podía ser un transporte de mercancía ni de pasajeros; no había indicio de qué podía estar buscando, pero buscaba algo, pues su mirada era de lo más escrutadora. La marea, que había cambiado hacía una hora, ahora iba a la baja, y sus ojos observaban cada remolino y cada fuerte corriente de la amplia extensión de agua a medida que el bote avanzaba ligeramente de proa contra la marea,

o le enfrentaba la popa, según él le indicara a su hija con un movimiento de cabeza. Ella observaba la cara del padre con tanta fijeza como él el río. Pero en la intensidad de la muchacha había una nota de temor u horror.

Era evidente que ese bote y las dos figuras que iban en él, más unidos al fondo del río que a la superficie en virtud del cieno y el lodo que lo recubría, y de lo empapados que estaban, hacían algo que tenían por costumbre, y que buscaban algo que buscaban a menudo. Aunque el hombre tenía un aspecto semisalvaje, sin nada que le cubriera el pelo enmarañado, con los brazos morenos y desnudos hasta la zona comprendida entre el codo y el hombro, con el nudo flojo de un pañuelo más flojo que le colgaba del cuello hasta el pecho desnudo en una maleza de barba y vello, con una vestimenta que parecía fabricada del mismo lodo que ensuciaba el bote, seguía habiendo en su mirada fija una utilidad comercial. Lo mismo ocurría con cada pequeña acción de la muchacha, cada pequeño giro de muñeca; quizá, sobre todo, con su mirada de temor u horror; todo aquello también tenía una utilidad.

—Manténlo alejado de corriente, Lizzie. Aquí la marea es fuerte. Aléjalo de la corriente para que no nos arrastre.

Confiándose a la habilidad de la muchacha y sin hacer uso del timón, escrutó la marea que surcaban con una atención absorta. De la misma manera la muchacha le escrutaba a él. Pero ocurrió en ese momento que un sesgo de luz del sol poniente dio en el fondo del bote, y, alcanzando una mancha oxidada que se parecía levemente al perfil de una forma humana cubierta por una tela, le dio un color como de sangre diluida. La chica lo vio, y se estremeció.

—¿Qué te ocurre? —dijo el hombre, de inmediato consciente de ello, aunque sin dejar de concentrarse en las aguas que surcaban—. No veo nada que flote.

La luz roja desapareció, el estremecimiento desapareció, y la mirada del hombre, que por un momento había regresado al bote, se alejó de nuevo de él. Cada vez que la fuer-

te marea topaba con un impedimento, su mirada se detenía allí un instante. Sus ojos relucientes lanzaban una mirada ávida a cada maroma y cadena de amarre, a cada bote o gabarra inmóviles que partieran la corriente en una amplia punta de flecha, a las corrientes secundarias procedentes de los embarcaderos del Southwark Bridge, a las paletas de los vapores cuando azotaban las aguas inmundas, a los troncos que flotaban amarrados a cierta distancia de algunos muelles. Más o menos una hora después de que oscureciera, de repente las cuerdas del timón se tensaron en su mano, y se encaminó directamente hacia la orilla de Surrey.

La muchacha, sin dejar de mirar nunca la cara del hombre, respondió al instante a la acción con los remos; enseguida el bote dio media vuelta, temblando como presa de una súbita sacudida, y la mitad superior del hombre se asomó del bote por la popa.

La chica se cubrió la cabeza y la cara con la capucha de la capa que llevaba, y, volviendo la vista hacia atrás de manera que los pliegues delanteros de la capucha apuntaran río abajo, mantuvo el bote en esa dirección, yendo a favor de la corriente. Hasta ese momento, el bote apenas se había desplazado, dando vueltas sobre la misma posición; pero ahora las orillas cambiaban rápidamente, y pasaban ante las sombras cada vez más tupidas y las luces que se iban encendiendo en el London Bridge, y a cada lado se veían hileras de embarcaciones amarradas.

Hasta ese momento la mitad superior del hombre no regresó al interior del bote. Tenía los brazos empapados y sucios, y se los limpió en el agua. En la mano derecha sostenía algo, que también lavó en el río. Era dinero. Lo hizo tintinear una vez, y lo sopló una vez, y escupió encima una vez —«Para dar suerte», dijo con voz ronca— antes de metérselo en el bolsillo.

—¡Lizzie!

La chica se volvió hacia él con un respingo y remó en silencio. Tenía la cara muy pálida. Él era un hombre de nariz ganchuda, y, entre los ojos brillantes y el pelo alborotado, guardaba cierta semejanza con un ave de presa que acabara de erizar las plumas.

—Quítate eso de la cara.

Lizzie se lo echó hacia atrás.

—¡Fíjate, y dame los remos! Yo los cogeré hasta que lleguemos.

—¡No, no, padre! ¡No! De verdad que no puedo. ¡Padre! ¡No puedo sentarme tan cerca de eso!

Él se movió para cambiar de sitio, pero la aterrada objeción de la muchacha lo frenó, y regresó a su lugar.

—¿Qué daño puede hacerte?

—Ninguno, ninguno, pero no puedo soportarlo.

—A fe mía que tú odias la sola visión del río.

—A mí... no me gusta, padre.

—¡Como si no te ganaras la vida con él! ¡Como si no fuera para ti el pan nuestro de cada día!

Con esas últimas palabras, la muchacha volvió a estremecerse, y por un momento dejó de remar, dando la impresión de que iba a marearse. Pero él no se dio cuenta, pues desde la proa se estaba fijando en algo que el bote llevaba a remolque.

—¿Cómo puedes ser tan desagradecida con tu mejor amigo, Lizzie? El mismísimo fuego que te calentaba cuando eras un bebé se recogía del río siguiendo a las gabarras que transportaban carbón. La mismísima cesta en la que dormías, la corriente la transportó a la orilla. Las mismísimas mecedoras que junté para fabricarte una cuna, las corté de un trozo de madera que el agua había arrastrado de algún barco.

Lizzie apartó la mano derecha del remo, se tocó el labio, y por un momento la tendió cariñosamente hacia él; a continuación, sin hablar, siguió remando, y justo en ese momento un bote de aspecto parecido, aunque en mucho me-

jor estado, salió de una zona oscura y se colocó lentamente a su lado.

—¿Has vuelto a tener suerte, Jefe? —dijo un hombre con una mirada bizca y torcida, que remaba e iba solo—. Por la estela de tu bote he sabido que habías vuelto a tener suerte.

—¡Ah! —replicó el otro de manera escueta—. Así que ya te han soltado, ¿no?

—Sí, amigo.

Sobre el río se derramaba ahora una luz de luna suave y amarilla, y el recién llegado, manteniendo la mitad de su bote a popa del otro, miró intensamente su estela.

—Y me digo —añadió—, nada más verte, ahí está el Jefe, y ha vuelto a tener suerte, ¡por san Jorge si no la ha tenido! Sigue remando, amigo. No temas. Yo no lo he tocado.

Eso fue en respuesta a un movimiento veloz e impaciente por parte del Jefe; y, al mismo tiempo, el que hablaba sacó el remo de su posición, colocando la mano sobre la regala del bote del Jefe y sujetándolo.

—¡Por lo que puedo ver, Jefe, a este tipo lo han zurrado hasta decir basta! Lo han sacudido bastantes mareas, ¿no te parece, amigo? ¡Ya ves qué mala suerte tengo! Debí de pasarme de largo la última vez que subió a la superficie, pues estuve rastreando por aquí, debajo del puente. Casi me parece que eres como los buitres, amigo, que los huelen.

Hablaba en voz baja, y lanzándole más de una mirada a Lizzie, que se había vuelto a poner la capucha. Entonces los dos hombres observaron con un extraño e impío interés la estela del bote del Jefe.

—Entre los dos es pan comido. ¿Quieres que lo suba a bordo, amigo?

—No —dijo el otro.

Lo dijo en un tono tan hosco que el hombre, después de mirarlo sin expresión, lo reflejó con la réplica siguiente:

—¿No habrás comido nada que te haya sentado mal, verdad, amigo?

—La verdad es que sí —dijo el Jefe—. He estado tragando demasiado esa palabra que dices, «amigo». No soy amigo tuyo.

—¿Desde cuándo no eres amigo mío, señor don Jefe Hexam?

—Desde que te acusaron de robar a un hombre. ¡Desde que te acusaron de robar a un hombre que estaba vivo! —dijo el Jefe, con gran indignación.

—¿Y si me hubieran acusado de robarle a un muerto, Jefe?

—Eso NO es posible.

—¿Que no es posible, Jefe?

—No. ¿De qué le sirve a un muerto el dinero? ¿Es posible que un muerto tenga dinero? ¿A qué mundo pertenece un muerto? Al otro mundo. ¿A qué mundo pertenece el dinero? A este mundo. ¿Cómo puede tener dinero un cadáver? ¿Puede un cadáver poseerlo, quererlo, gastarlo, reclamarlo, echarlo de menos? No intentes confundir de esta manera lo que está bien y lo que está mal. Pero el que le roba a un vivo tiene un espíritu miserable.

—Yo te diré lo que...

—No, tú no me dirás nada. Yo te diré lo que es. Te condenaron poco tiempo por meterle la mano en el bolsillo a un marinero, a un marinero vivo. Aprovecha y considérate afortunado, pero no te creas que después de eso me vas a venir a mí con eso de «amigo». En el pasado trabajamos juntos, pero ni ahora, ni en el futuro, volveremos a trabajar juntos. Lárgate. ¡Suelta amarras!

—¡Jefe! No te creas que te vas a librar así de mí.

—Si no me libro de ti así, lo intentaré de otra manera, te daré en los dedos con el travesaño, o te sacudiré la cabeza con el bichero. ¡Suelta amarras! Rema, Lizzie. A casa, ya que no le dejas remar a tu padre.

Lizzie se puso a remar a toda prisa, y el otro bote quedó atrás. El padre de Lizzie, acomodándose a la actitud de quien ha postulado una ética elevada y asumido una posición irrefutable, encendió lentamente una pipa, y fumó, y le echó una mirada a lo que llevaba a remolque. Lo que llevaba a remolque embestía contra el bote de mala manera cada vez que este se detenía, y a veces parecía intentar soltarse, aunque lo más habitual era que lo siguiera de manera sumisa. Un neófito podría haber fantaseado que las olas que pasaban por encima del bulto eran, de un modo espantoso, como leves cambios de expresión en una cara sin vida; pero el Jefe no era un neófito, y no tenía fantasías.

Capítulo II

El hombre de alguna parte

El señor y la señora Veneering eran gente flamante en una casa flamante de un barrio flamante de Londres. Todo lo que rodeaba a los Veneering era nuevo e impecable. Todo el mobiliario era nuevo, todos los amigos eran nuevos, todos los criados eran nuevos, la vajilla era nueva, el carruaje era nuevo, los arneses eran nuevos, los caballos eran nuevos, los cuadros eran nuevos, ellos mismos eran nuevos, eran todo lo recién casados que resulta legalmente compatible con tener un bebé nuevecito, y si hubieran exhibido un bisabuelo, habría llegado con un paspartú del bazar de Pantehnicon, sin un arañazo, lustrado hasta la coronilla.

Pues, en la casa de los Veneering, desde las sillas del vestíbulo con el nuevo escudo de armas, hasta el pianoforte con el nuevo mecanismo, y en el piso de arriba, también, hasta el nuevo mecanismo contra incendios, todo estaba de lo más lustroso o barnizado. Y lo que resultaba observable en los muebles, también lo era en los Veneering: la superficie olía un poco demasiado a taller de restauración y era un pelín pegajosa.

Había un inocente mueble de comedor que iba sobre ruedecitas, y que cuando no se utilizaba se guardaba en una caballeriza de Duke Street, en Saint James, para quien los Veneering eran una fuente de total confusión. El nombre de este artículo era Twemlow. Al ser primo carnal de lord Snigsworth, se le requería con frecuencia, y en muchas casas se podía decir que representaba una mesa de come-

dor en estado normal. El señor y la señora Veneering, por ejemplo, cuando organizaban una cena, habitualmente comenzaban con Twemlow, y a continuación le iban colocando alas a la mesa, o por decirlo de otro modo, le añadían invitados. A veces la mesa consistía en Twemlow y media docena de alas; a veces en Twemlow y una docena de alas; a veces a Twemlow se le sacaba el máximo partido, alcanzando las veinte alas. El señor y la señora Veneering, en ocasiones ceremoniosas, se colocaban el uno frente al otro en el centro de la mesa, con lo que el paralelo seguía manteniéndose; pues siempre ocurría que, cuanto más se alargaba Twemlow, más lejos se encontraba del centro, y más cerca del aparador que había a un extremo del comedor, o de las cortinas de la ventana del otro.

Pero no era esto lo que llenaba de confusión la cándida alma de Twemlow. A esto se había acostumbrado, y podía valorarlo. El abismo al que no encontraba fondo, y del que surgía la fascinante y siempre creciente dificultad de su vida, era la insoluble cuestión de si él era el amigo más antiguo de Veneering, o el más reciente. A dilucidar este problema el inofensivo caballero había dedicado muchas horas de inquietud, tanto en sus aposentos sobre las caballerizas como en la fresca penumbra, favorable a la meditación, de Saint James Square. Veamos. Twemlow había conocido a Veneering en su club, donde Veneering entonces no conocía a nadie más que a la persona que los había presentado, que parecía ser el amigo más íntimo que hubiera tenido en el mundo, y al que apenas conocía de un par de días; y el vínculo de unión entre sus almas, la nefanda conducta del comité en relación a cómo había que preparar un solomillo de ternera, había sido accidentalmente consolidado en esa fecha. Inmediatamente después, Twemlow recibió una invitación a cenar con Veneering, y cenó: la persona que los había presentado estaba en el grupo. Inmediatamente después recibió una invitación a cenar con esa persona, y cenó: Veneering formaba parte del grupo. En la casa de esa

persona había un Diputado, un Ingeniero, un Pagador de la Deuda Nacional, un Poema conmemorando el Tricentenario de Shakespeare, una Queja, y un Funcionario, y ninguno de ellos parecía conocer en lo más mínimo a Veneering. E, inmediatamente después de eso, Twemlow recibió una invitación a cenar en casa de Veneering expresamente para conocer al Diputado, al Ingeniero, al Pagador de la Deuda Nacional, al Poema conmemorando el Tricentenario de Shakespeare, a la Queja, y al Funcionario, y, mientras cenaba, descubrió que se trataba de los amigos más íntimos que Veneering tenía en el mundo, y que las esposas de todos ellos (que también estaban presentes), eran objeto del más devoto afecto y de la mayor confianza de la señora Veneering.

Y de este modo ocurrió que el señor Twemlow se dijo a sí mismo, estando en sus habitaciones con la mano en la frente: «No debo pensar en ello. Esto ya bastaría para reblandecerle el cerebro a cualquiera...». Y sin embargo no podía dejar de pensar en ello, y no alcanzaba ninguna conclusión.

Esa noche, los Veneering ofrecían un banquete. Once alas en la mesa Twemlow; catorce personas en total. Cuatro criados de pecho hundido y vestidos de paisano se alineaban en el vestíbulo. Un quinto sube la escalera con un aire afligido —como si fuera a decir: «Aquí hay otra infortunada criatura que viene a cenar; ¡así es la vida!»— y anuncia:

—¡El señor Twemlow!

La señora Veneering da la bienvenida a su queridísimo señor Twemlow. El señor Veneering da la bienvenida a su queridísimo señor Twemlow. La señora Veneering no cree que al señor Twemlow, de natural, pueda interesarle mucho algo tan insípido como un bebé, pero a un viejo amigo debe complacerle mirar a un bebé.

—¡Ah! Conocerás mejor al amigo de tu familia, Pichurrín —dice la señora Veneering, asintiendo emocionada a ese

nuevo artículo—, cuando empieces a darte cuenta de las cosas.

Entonces le pide que le permita presentarle a dos de sus amigos, el señor Boots y el señor Brewer, y está claro que no tiene ni idea de cuál es cada uno.

Pero entonces tiene lugar una espantosa circunstancia.

—¡El señor y la señora Podsnap!

—Querida, los Podsnap —le dice el señor Veneering a la señora Veneering, con un aire de amistosísimo interés, mientras la puerta permanece abierta.

Un hombre grande y demasiado, demasiado sonriente, rodeado de una fatídica espontaneidad, aparece con su esposa, al instante abandona a su esposa y se lanza hacia Twemlow diciendo:

—¿Cómo está? Me alegra mucho conocerle. Tiene una casa encantadora. Espero que no lleguemos tarde. ¡No sabe cuánto me alegra tener esta oportunidad!

Cuando la primera acometida cayó sobre él, Twemlow retrocedió dentro de sus pulcros zapatitos y sus pulcra medias de seda de una moda fenecida, como si se viera impedido a saltar sobre el sofá que había a su espalda; pero el hombre grande llegó hasta él y resultó ser demasiado fuerte.

—Permítame —dijo el hombretón, intentando llamar la atención de su mujer a lo lejos— tener el placer de presentarle a la señora Podsnap a su anfitrión. Estará encantada —en su fatídica espontaneidad, parece encontrar perpetua frescura y eterna juventud en la frase—, estará encantada de tener la oportunidad, ¡estoy seguro!

Mientras tanto, la señora Podsnap, incapaz de originar un error por voluntad propia, pues la señora Veneering es la única señora que hay allí aparte de ella, hace lo que puede para apoyar el de su marido, mirando en dirección al señor Twemlow con un semblante quejumbroso y comentándole a la señora Veneering de manera sentida que, en primer lugar, teme haber estado un tanto descompuesta últi-

mamente; y, en segundo, que el bebé ya se le parece mucho.

Es dudoso que a ningún hombre le guste que lo confundan con otro; pero como el señor Veneering esta noche se ha puesto la pechera del joven Antínoo (en una nueva batista que acaba de llegar al país), no le halaga nada que lo confundan con Twemlow, que es un sujeto seco y arrugado unos treinta años mayor. Al señor Veneering también le contraría que tomen a su mujer por la de Twemlow. En cuanto a este, es tan consciente de proceder de mucha mejor cuna que Veneering, que considera al hombretón un ofensivo zopenco.

En tan complicada tesitura, el señor Veneering se acerca al hombretón con la mano tendida, y sonriendo le asegura a ese incorregible personaje que está encantado de verlo, y este, en su fatídica espontaneidad, le replica:

—Gracias. Me avergüenza decir que en este momento no puedo recordar dónde nos conocimos, pero me alegra tener esta oportunidad de saludarlo, ¡desde luego!

Abalanzándose entonces sobre Twemlow, que le contiene con su escasa fuerza, lo arrastra con él para presentárselo, creyendo aún que es Veneering, a la señora Podsnap, cuando la llegada de más invitados deshace el error. Momento en el cual, tras haber vuelto a estrechar la mano de Veneering como Veneering, vuelve a estrechar la mano de Twemlow como Twemlow, y lo remata todo a su perfecta satisfacción diciéndole al último:

—Un momento ridículo... pero ¡no le quepa duda de que me alegro!

Ahora bien, Twemlow, tras haber pasado por esta terrible experiencia, tras haber observado, de manera parecida, la fusión de Boots en Brewer y de Brewer en Boots, y tras haberse fijado en que, de los otros siete invitados, cuatro personajes discretos entran paseando la mirada de un lado a otro y sin querer aventurarse a adivinar quién pueda ser Veneering hasta que Veneering los coge por banda, se